

## Discurso con motivo del aniversario de los 70 años de USEC

Ignacio Arteaga E., presidente de USEC.  
Santiago, 6 de noviembre de 2018.  
Centro de Eventos Vista Santiago.

Muy buenas noches, gracias, gracias por acompañarnos en esta fecha tan significativa para todos nosotros.

Este año murió el último de los fundadores de USEC: don William Thayer.

Él escribió un libro en el que relata cómo fue el origen de USEC. Ahí él cuenta que el Padre Hurtado estaba en una oficina, reunido con 5 “jóvenes industriales”, 5 emprendedores diríamos hoy día. Thayer iba caminando por fuera muy apurado, con el ajeteo propio de la ciudad, y el Padre Hurtado al verlo pasar lo invitó a entrar. En esa reunión, hace precisamente 70 años atrás, nació USEC.

Quizás también nosotros durante la jornada laboral de este día, estuvimos allá abajo en la ciudad, caminando, física o mentalmente, con el ajeteo propio de la ciudad, como lo estaba haciendo don Willy Thayer aquel día.

Todos nosotros nos pasamos la vida caminando y caminando, a ritmo acelerado como decía el video que acabamos de ver, pero no siempre tenemos claro cuál es el destino.

En USEC caminamos como lo hacen todos los hombres y mujeres de empresa allá abajo en la ciudad, vivimos en ese ajeteo propio del mundo de la empresa, pero yo diría que somos más que caminantes, somos más bien peregrinos, porque sí sabemos nuestro destino.

¿Qué es hacer empresa y emprender sino lanzarse a caminar con un destino trascendente, lanzarse a peregrinar con otros para servir a los demás y a Dios?!

Esta noche hemos hecho un alto, hemos salido de la ciudad, hemos subido a este cerro, el Cerro San Cristóbal, porque todos, de una u otra forma, hemos sentido un llamado interior. Hoy tenemos la oportunidad de acoger nuevamente en nuestros corazones ese mismo llamado que les hizo el Padre Hurtado a esos jóvenes aquel primer día y así renovar nuestro compromiso.

Déjenme contarles una pequeña historia.

Hace exactamente 80 años, en octubre, en la noche previa a la celebración de Cristo Rey, aquí en este cerro, solo un par de metros más arriba, a los pies de la imagen de la Virgen María que preside nuestra ciudad, se pronunció uno de los discursos más potentes que se haya oído en Chile. Eran varios miles de jóvenes con antorchas, que subieron hasta acá junto con el padre Hurtado, quien en su discurso los llamó a ser luz del mundo.

*“Ustedes son la luz del mundo... Ustedes son los que deben alumbrar estas tinieblas. ¿Quieren colaborar conmigo?”*, fue la pregunta que les hizo el Padre Hurtado. Y luego continuó: *“¡Oh, si se decidiesen! Aunque fuesen pocos... Un reducido número de operarios inteligentes y decididos, podrían influir en la salvación de nuestra Patria...”*

Ese es el llamado que continúa resonando allá abajo en la ciudad y que nos trajo esta noche a cada uno de nosotros hasta acá.

Los que estamos aquí queremos ser ese reducido número de operarios decididos. ¡Somos los continuadores de una misión siempre nueva! ¡Siempre joven! ¡Siempre necesaria!

Esta es una noche para recordar y agradecer. Y, sobre todo, para celebrar.

Celebrar porque los hombres y mujeres de empresa han tenido una influencia decisiva en nuestra Patria. Es así como en las últimas décadas han transformado a las empresas chilenas, haciéndolas líderes en la región y competitivas a nivel mundial.

Los hombres y mujeres de empresa han hecho una tremenda contribución al progreso de Chile y al bienestar de su gente. Ellos han liderado una transformación nunca antes vista en nuestro país, logrando que millones y millones de chilenos superen situaciones de pobreza y marginación, permitiéndoles construir su futuro con dignidad y libertad.

Imaginémonos por un momento cómo se veía la ciudad de Santiago desde esta misma cumbre, cuando San Alberto Hurtado habló a esos jóvenes hace 80 años, y comparémosla con la ciudad que vemos ahora esta noche. ¡Que progreso verdad! ¡Que modernidad! ¡Que transformación!

Esta transformación fue muy necesaria, pero, en la actualidad vemos que no es suficiente, porque allá abajo en la ciudad también vemos y experimentamos mucho materialismo, individualismo, violencia y conflictos de todo tipo.

Para nadie es un misterio que actualmente el sistema de libertad de mercado y la actividad empresarial son fuertemente criticados. Algunos incluso llegan a cuestionar la legitimidad de la actividad empresarial, como si no debiéramos proveer bienes públicos en sectores que tanto lo necesitan, como son la educación, la salud o las pensiones.

Hubo quienes en su época pensaron que el sistema de libertad de mercado sería aceptado y acogido por la sociedad porque era capaz de generar mayor crecimiento económico, creyendo que su legitimidad emanaba de sus buenos resultados económicos. Mirando hacia atrás, creo que ese fue un error de apreciación.

Yo diría que lamentablemente nos contentamos con quedarnos más bien en la superficie, centrándonos en la búsqueda de la utilidad y la ganancia, como si ello fuera el fin último y no un medio. Tenemos claro que la rentabilidad es legítima y es necesaria, pero también tenemos claro que no es suficiente. Algo importante se nos olvidó en el camino.

Se nos olvidó transmitir que el sistema de libertad de mercado es legítimo en la medida que está basado en la dignidad de las personas y en la medida que tenga por finalidad el mayor logro del bien común.

Se nos olvidó profundizar en los fundamentos antropológicos de la libertad y de la libertad de mercado y se nos olvidó difundirlos. La libertad siempre es un medio para hacer el bien y sino no es verdadera libertad. Nos centramos, tal vez, solo en los aspectos materiales y en los resultados económicos, como si ello fuera suficiente.

Hay una segunda dimensión que también es muy crítica en la actualidad. La vemos ocurrir a diario frente a nosotros y quizás no nos hemos percatado de que es otra manifestación de la misma falencia anterior. Me refiero a los jóvenes recién egresados de las universidades y a los emprendedores.

A muchos jóvenes que egresan de las mejores escuelas de negocios no les nace trabajar en las empresas; lo que les nace es encontrar “*pegas con sentido*” como dicen ellos. Lo encuentro fantástico porque eso nos habla de un espíritu generoso, valiente y altruista. Pero es una señal que nos están enviando: muchos de los jóvenes más talentosos de las nuevas generaciones no ven en las empresas una respuesta a su inquietud de sentido profundo y trascendente.

Alguien puede pensar que esto es propio de la generación de los *millenials*, pero no es así. Este fenómeno de no encontrar una respuesta a una necesidad más profunda, que vaya más allá de lo material, está ocurriendo en todos los niveles de quienes trabajan hoy día en las empresas.

Algo similar ocurre con los emprendedores. Son miles y muy buenos. Tienen ideas fantásticas; tienen empuje, tenacidad y creatividad. Se equivocan, aprenden y re-emprenden. Tienen todas las virtudes y características de los buenos empresarios... ¡pero no se nos ocurre... llamarlos empresarios! Ellos no se reconocen empresarios, aunque hacen exactamente lo mismo. Crean valor, dan trabajo, producen buenos bienes y servicios, pagan impuestos... en fin... hacen empresa, pero en el fondo sienten que una empresa limitada solo a la búsqueda de lo material no es la respuesta.

En este sentido, actualmente tenemos un desafío enorme, es ahora cuando estamos llamados con urgencia a relegitimar la actividad empresarial y el sistema de libertad económica, colocando a la dignidad de la persona y el servicio al bien común en el centro de nuestras decisiones.

No es sustentable en el tiempo que nuestras empresas y que la libertad de mercado sólo sean “aceptadas” por la sociedad (por el beneficio económico que reportan) sin que se logre que

ellas sean realmente “queridas” por la sociedad con el corazón, por el bien que significan para la persona.

Queremos que las personas vean en el mundo empresarial y experimenten en su relación diaria con las empresas (desde dentro como trabajadores y desde fuera como clientes, proveedores y vecinos) miles de oportunidades cotidianas para mejorar su situación económica y también para crecer como personas; para esto debemos generar, desde la empresa, relaciones sociales auténticas, cercanas, respetuosas y profundamente humanas, relaciones que enriquezcan la vida y nos ayuden a todos a ser mejores personas.

¡Queremos que la confianza en el mundo empresarial vuelva a estar presente, de manera de que no lleguen a existir actividades económicas ni servicios vetados a la participación empresarial! Lograr esto depende en buena medida de nosotros mismos.

Tenemos que mostrar el rostro humano de las empresas y del crecimiento, volviendo a una correcta jerarquía de valores: usar las cosas y amar a las personas, y no al revés, como a veces pasa. Somos nosotros los responsables de encontrar, en nuestras empresas, en cada momento y circunstancia, el modo de crear formas de relacionarnos que sean más humanas, ¡cada vez más humanas!

Y ante estos desafíos actuales, ¿Qué puede ofrecer USEC?

Más que una respuesta, porque no existe “la” respuesta, lo que podemos ofrecer es experiencia.

La experiencia acumulada en estos 70 años por hombres y mujeres de empresa, personas comunes y corrientes, como todos los que estamos acá, que a diario lidian con los mismos problemas con que tienen que lidiar todos los empresarios, ejecutivos y emprendedores. Pertenecer a USEC no nos exime de ninguna responsabilidad, de ningún contratiempo, y no es garantía de éxito económico.

USEC no es una elite empresarial de los que no cometen errores ni pecados; no es un club de gente buena representantes del que algunos llaman el “*buenismo*”.

USEC reúne a empresarios, ejecutivos y emprendedores que quieren conocer, aplicar y difundir desde su empresa los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, y así promover una sociedad más humana, justa, libre y solidaria. A eso invitó San Alberto Hurtado a aquellos jóvenes fundadores de USEC.

Desde entonces, somos hombres y mujeres de empresa que compartimos una mirada trascendente del trabajo; que queremos vivir nuestra actividad empresarial como una noble vocación, (tan legítima y noble como la vocación al matrimonio, la vocación al servicio público o la vocación del médico o del bombero); queremos el desarrollo integral de las personas, y aportar desde la empresa al bien común de la sociedad.

Con el tiempo, y sobre la base de compartir experiencias empresariales de éxitos y de fracasos, sin juzgar a nadie (porque no condenamos ni canonizamos a nadie) hemos llegado a entender la empresa como (1) una comunidad de personas que, en conjunto,

organizadamente, y en torno a una actividad específica, (2) sirven y satisfacen necesidades reales de otras personas, y (3) producto de ese trabajo, reciben una retribución.

En todo este tiempo en USEC he descubierto que la gran gracia está en el orden de los factores de esta definición: **primero las personas; segundo el trabajo** que busca servir a otros, y **tercero la rentabilidad**. Cuando se pone el trabajo antes que las personas, la empresa esclaviza. Y si se pone la rentabilidad antes que las personas, la empresa deshumaniza.

Ante cualquier decisión en conciencia siempre volvemos a ese orden, a estos conceptos. Porque nosotros queremos que las empresas sean: (1) plenamente humanas; (2) socialmente responsables y (3) altamente productivas.

La actividad empresarial es una noble vocación porque es un llamado de Dios a ser co-creadores con Él. Dios creador quiso dejarnos la creación incompleta para que nosotros la continuáramos con nuestro trabajo; porque Él confía en el despliegue de nuestras capacidades, y cuenta con nuestro esfuerzo y creatividad. El trabajo realizado de manera organizada junto con otros (la empresa) es el modo que tenemos de llevar a buen término la obra creadora de Dios. En este sentido, el principio de subsidiariedad es un reflejo de uno de los modos que tiene Dios de relacionarse con la humanidad, haciendo Él la parte que no podemos hacer nosotros y dejándonos a nosotros el resto de la tarea que sí podemos hacer.

Lo hemos dicho, la actividad empresarial es noble cuando pone al centro de la empresa la dignidad de la persona y se orienta a servir al bien común de la sociedad.

¡Y servir a la sociedad, a los demás, ¿no es acaso una forma de amor al prójimo?!

Como mis palabras se pueden olvidar fácilmente, el mejor antídoto para el olvido son los testimonios: la experiencia directa, de primera fuente, de las personas que estuvieron, o que están, ahí “donde las papas queman”, como decimos en Chile.

Por eso hoy nos acompañan Lorenzo Mendoza e Isidre Fainé, quienes nos darán su testimonio de cómo es vivir la actividad empresarial como una noble vocación.

Quise buscar cifras de Venezuela para darles un poco el contexto en el que Lorenzo Mendoza trabaja todos los días en su país haciendo empresa y sirviendo al bien común. El *New York Times* indicaba en un artículo reciente que la inflación a septiembre de este año era del 500.000%.

Escuché el testimonio de un inmigrante venezolano que contaba que, si uno pedía un presupuesto por un servicio o una compra, te respetaban el precio solo por un par de horas. En marzo se eliminaron 3 ceros de la moneda nacional para hacer manejables las transacciones; en agosto se eliminaron 5 ceros.

El Fondo Monetario Internacional estima que el desempleo alcanza el 34% y estima para este año una caída del PIB de un 18%.

Más de 200.000 mil hermanos venezolanos han llegado a nuestro país, personas alegres, trabajadoras y muy preparadas, que están aportando muchas cosas buenas a nuestra sociedad.

Estoy seguro de que todos ellos estarían felices de poder saludar a Lorenzo Mendoza y agradecerle lo que hace por sus familiares que viven en Venezuela.

Personalmente me consta el esfuerzo que ha debido realizar Lorenzo Mendoza para poder estar aquí esta noche con nosotros.

Lorenzo te agradezco que estés aquí. Estás en tu casa, estás entre amigos. Te agradezco todo lo que estás haciendo por tu país porque tu valentía y trabajo empresarial, a pesar de las adversidades, son un ejemplo de patriotismo y servicio al bien común para todos nosotros.

Quiero transmitirte el saludo de todos nosotros, los hombres y mujeres de empresa reunidos en USEC, y a través tuyo también transmitirle la solidaridad de todos nosotros a aquellos hombres y mujeres de empresa de Venezuela. Por favor, díles de nuestra parte, que no están solos. ¡No están solos!

Quiero agradecer también la presencia esta noche de otro gran empresario, me refiero a don Isidre Fainé, quien ha tenido una larga y exitosa carrera empresarial en España. Isidre ha encabezado la Caixa muchos años, y la lideró durante un periodo muy difícil, del año 2007 al 2017, en plena crisis financiera mundial. Producto de la crisis en España se llegó a un 30% de cesantía, se perdieron 4,5 millones de puestos de trabajo, de hecho, hasta principios de este año la cesantía entre los jóvenes alcanzaba al 36%. En esas circunstancias, en que muchas empresas abandonaban la actividad de filantropía, la Caixa, por el contrario, mantuvo y reforzó su labor. En los diez años de la crisis benefició a 11 millones de personas, entre ellos, 65 mil niños en situación de pobreza. Es realmente impresionante la labor social y filantrópica que ha impulsado Isidre Faine desde la Caixa, lo que lo ha llevado a ser merecedor del premio Forbes de filantropía.

Muchas gracias Isidre por venir esta acá, nos honras con tu presencia en nuestro país, gracias por todo el bien que has realizado en tu exitosa trayectoria empresarial y gracias por querer compartir con nosotros tu testimonio, tan valioso, de vida empresarial.

Y, para terminar, quizás más de alguno de los presentes antes de venir para acá, estando en su lugar de trabajo, allá abajo en la ciudad, se ha preguntado sobre cuál es el sentido de hacer empresa, de por qué hace lo que hace y para qué lo hace.

A todos ellos los invitamos a sumarse a USEC y ser uno de esos operarios valientes y decididos con que soñaba el Padre Hurtado hace 80 años atrás, precisamente aquí arriba en este mismo lugar.

Muchas gracias.